

Sweet country

Warwick Thornton. Australia. 2017. 112 min. Color. v.o.s.e.



FICHA TÉCNICA

Título original: *Sweet country*.

Nacionalidad: Australia. **Año de producción:** 2017.

Dirección: Warwick Thornton.

Producción: Bunya Productions. Distribuida por Memento Films International.

Productor: David Jowsey, Greer Simpkin.

Fotografía: Dylan River, Warwick Thornton.

Montaje: Nick Meyers.

Ayte. de dirección: Shannon Crotty.

Música: Steven McGregor, David Tranter.

Director artístico: Theo Benton.

Vestuario: Heather Wallace.

Intérpretes: Hamilton Morris, Bryan Brown, Sam Neill, Thomas M. Wright, Matt Day, Ewen Leslie, Anni Finsterer, Natassia Gorey Furber, Tremayne Trevorn Doolan, Gibson John.

Duración: 112 min. **Versión:** v.o.e. Color.

SINOPSIS

Inspirada en una historia real sucedida en el interior de Australia en 1929. Cuando el aborigen Sam (Hamilton Morris) mata al propietario blanco Harry March (Ewen Leslie) en defensa propia, Sam y su mujer Lizzie (Natassia Gorey-Furber) emprenden la huida. Pero la pareja será perseguida de forma incansable por las autoridades.

COMENTARIO

Con su épica asordada y sus explicativos diálogos, 'Sweet Country' emplea los reconocibles códigos del western para reflexionar sobre la supurante herida que el racismo y la violencia han infligido sobre la historia de la nación oceánica. Un legado de sangre que esta película preciosista y doliente explora combinando lo móvil (uno de los episodios más inspirados toma la forma de western itinerante) y lo estático, cuando el film analiza los intentos de un hombre blanco, heredero del James Stewart de 'El hombre que mató a Liberty Valance' (1962), de John Ford, por instaurar el germen de la civilización en un territorio salvaje. De la mano de una terrorífica colección de villanos y antihéroes, 'Sweet Country' saca partido de las imponentes llanuras australianas para plantear una revisión de 'Centauros del desierto' (1956), también de

Ford, pero adoptando como perspectiva central la figura del indio. Una visión moral del pasado que conecta con la realidad del mundo actual, tristemente tocada por los prejuicios y la intolerancia.

Por Manuel Yáñez Murillo. 28/05/2018

<https://www.fotogramas.es/peliculas-criticas/a19467381/sweet-country/#critFG>

Pocas películas australianas hay célebres donde la influencia del paisaje no sea esencial. Hasta alcanzar el terreno de lo ancestral, de lo sobrenatural, de lo infeccioso. Un estado de insuperable afectación al que ya se acercaron cineastas tan distintos como Nicolas Roeg, Ted Kotcheff, Peter Weir, Lee Tamahori y Ray Lawrence en obras inolvidables como *Walkabout*, *Despertar en el infierno*, *Picnic en Hanging Rock*, *Guerreros de antaño* y *Lantana*, y al que ahora regresa el cineasta local Warwick Thornton con la notable *Sweet Country*, Premio Especial del Jurado en Venecia 2017, y de innegable título irónico: un salvaje western inspirado en una historia real, acaecida en el periodo de entreguerras del siglo XX, que nos retrotrae a un tiempo de despiadada discriminación de la población aborigen, por desgracia, aún no superado del todo.

El rojo de la sangre y el blanco de la inocencia, desprendidos de una superficie árida, polvorienta y maléfica, son los tonos protagonistas de una película marcada por el aislamiento social, por el tiránico reino del hombre blanco frente al negro, y, ya en lo formal, por la sistemática de narración y montaje de uno de los directores antes citados, el británico Roeg y su *cut-up*: esa técnica de montaje heredera de la literatura, aunque pergeñada por los dadaístas en los años 20, mediante la cual una secuencia pierde su linealidad temporal para, en un nuevo orden que poco tiene de caprichoso y mucho de poético, adquirir un nuevo significado o una lectura a la que no se hubiera llegado si se hubiese montado de un modo cronológico.

Western de escapada y de búsqueda, como tantos otros de John Ford y de Budd Boetticher, de *Centauros del desierto* a *Seven men from now*, *Sweet country* adquiere de este modo los tonos líricos que Roeg imprimió a su *Walkabout*, también con protagonismo aborigen, con esos planos a medio camino entre el inserto desconcertante y la desestructura narrativa, que o bien adelantan algún aspecto del futuro o retroceden hasta un implacable aspecto del pasado de los personajes. Y desembocando en una última parte del relato marcada por el drama judicial, donde quizá surge la única tacha de una película cerca de lo excelente. Un error de guion que provoca que en el proceso por asesinato el juez deba averiguar hechos que, salvo un único dato clave, el espectador ya conoce. Y, al hacerse demasiado hincapié en ello, el tiempo del juicio se hace innecesariamente moroso.

Javier Ocaña. 25 MAY 2018

https://elpais.com/cultura/2018/05/24/actualidad/1527159581_753062.html